

Un Santiago que Se Niega a Morir

Por ENRIQUE LAFOURCADE

ESTE magnífico libro "Inventario de una Arquitectura Anónima", preparado por dos arquitectos, Cristián Boza y Hernán Duval, me hace soñar con mi barrio: Santa Isabel.

Barrio con nombre de santa. Barrios santos del gran Santiago, donde viven tantos miles de chilenos, casas viejas de ladrillos y adobes, San Antonio, San Andrés, San Borja, San Carlos, San Clemente, San Cristóbal, San Damián, Santa Clara, San Daniel, Santa Elena, San Elías, Santa Julia, San Eduardo, Santa Cristina, San Emiliano, Santa Corina, San Fernando, Santa Teresita, San Francisco, Santa Rosa, San Gabriel, Santa Victoria, San Gerardo, Santa Lucía, San Gumersindo, Santa María, San Ignacio, Santa Marta, San Jorge, Santa Mónica, San Isidro, Santa Nicolasa, San Javier, Santa Petronia, San José, Santa Raquel, San Juan, Santa Rita, San Lorenzo, San Lucas, San Luis, incluso San Petersburgo y Santa Klaus (sic), santos, santos, santos!

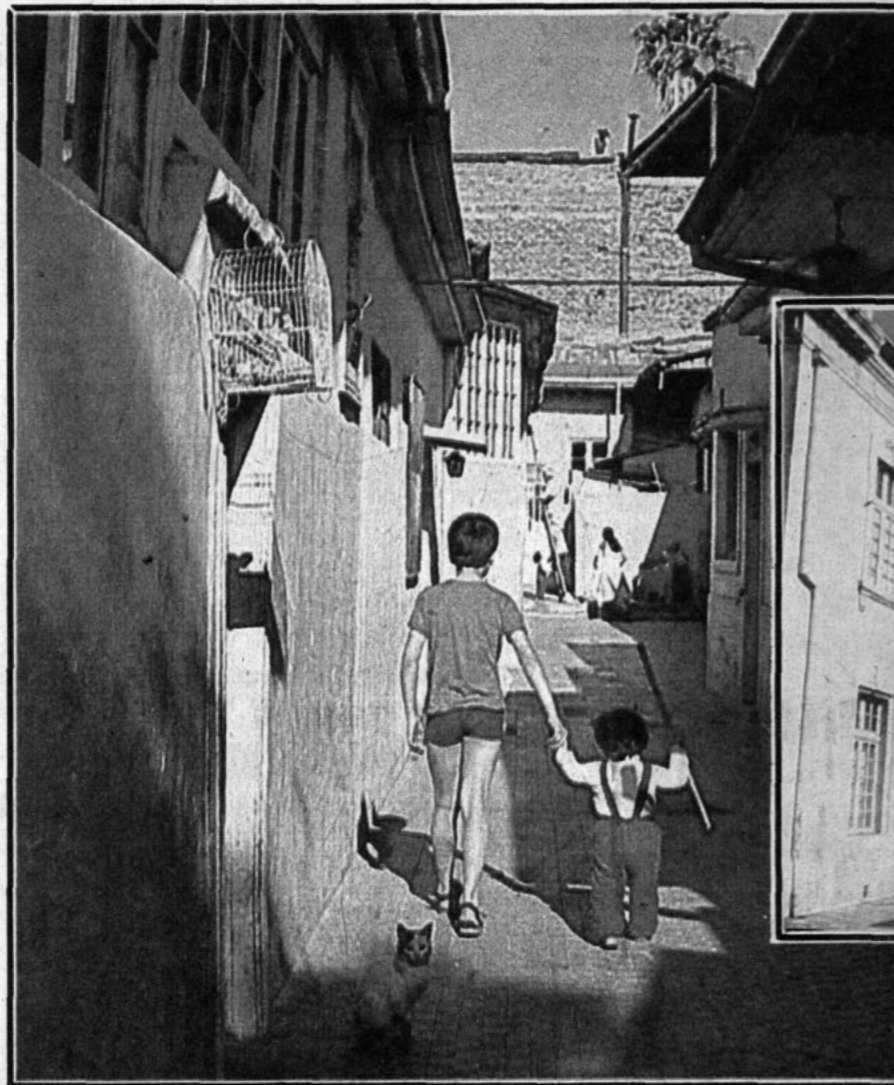
Cités, pasajes, conventillos, con perros, abuelitas, gatos, paralíticos, niños, comadres, guaguas, allegados, maestreando duro y tupido, arreglando sillas, muñecas, enjuncadores, gasfiteros, mecánicos, panaderos, afiladores, haciendo guitarras, pequeños, repartiendo viandas, dando pensión, en bares y clandestinos, las mujeres borda que borda, teje que teje, aplanchadoras, lavanderas... barrios llenos de artesas y espuma y ropa que se seca policromando los patios. Barrios con jardines robados a las veredas, rodeando una acacia raquílica que ha sufrido mil podas municipales envuelta en enormes varas de malva, con matorrales de cedrón y menta, toronjil y alegría del hogar, jardines encerrados en cercos de madera como tumbas de cementerios pobres, regados con tarritos.

Las casas han sido edificadas por arquitectos locos, por constructores, por maestros y albañiles, por los cientos de Luchos y "Pelaos" y "el maestro Quiñones", casas de urgencia, conventillos con toquecitos neo-renacentistas, cités con portales románicos, pasajes con ventanales góticos, residenciales art-nouveau, casas blancas de cal, como de Córdoba o Málaga, casas ocreas palladianas, fachadas mozarabes, tudor, recuerdos de la Alhambra y del Escorial y de pastores de Asturias. De un "cuantái" en este muestrario, serie de auténticas huellas de identidad nacional surgen de los bellos barrios, cantando eso de: ¡que tenés el alma inquieta/ de un gorrion sentimental! Mestizaje estético, naturalmente. Como la raza chilena, mestiza en etnia y espíritu.

No es tan falsa como la pintan

Otro arquitecto y coleccionista, Carlos A. Cruz, cuestiona en reciente artículo, con severidad hasta excesiva, la existencia de una pintura chilena. Salva apenas a Juan A. González y en especial a Roberto Matta. El resto —dice— puros ecos. ¡Cuidado! Idéntica cosa puede predicarse y con mayor severidad aún de "la nueva arquitectura chilena", ni nueva ni —menos— chilena. De la pintura es posible afirmar que conforma allí donde alcanza esplendores, una "pintura hispanoamericana" que tiene univocidad estética y colores propios. Igual cosa diríamos de la vieja arquitectura dispersa por las grandes ciudades hispanoamericanas, guirigay de colonia, neoclásico, barroco y art-nouveau. El todo, determina un "estilo". Lejos de esto, lo que hoy se hace en Chile en la materia.

Santiago, en especial, se ha llenado



—en la era del "whiskysmo" y el "Chicagoboyismo"— de cierta "torrería" de muy dudosa originalidad. Es posible incluir entre estos simulacros la torre "Entel" y la torre "Santa María", hitos claros y visibles a kilómetros de distancia, en el paisaje urbano, destinados a durar más que un cuadro. Y menos inevitables y discretos que éstos, confinados a casas y museos.

Nadie serio puede postular creatividad alguna en estas dos construcciones, de las que existen réplicas idénticas o casi idénticas en ocho o diez de las más grandes ciudades del mundo. Mas, los planos de este tipo de "kits" se venden listos para desarrollar y armar, en Nueva York, en Tokio, en Londres, en Los Angeles. ¿Arquitectura chilena?

Y eso sin hablar de los "Caracoles" y "Malls" y "Centros Comerciales" de vidrios luna, de cristales polarizados, con acrílicos, y ladrillos y torrecillas y estructuras metálicas estilo "Albert and Victoria" (o viceversa) u otros, estilo "Primera Exposición Universal en París". El mal ya está hecho y estos enormes lunares afean y seguirán afeando Santiago, informando al viajero, al paso, que seguimos colonizados. Recordemos que durante el Imperio Español, las colonias recibían los planos de sus principales edificios preparados en Madrid. Hoy, en Nueva York. ¿Independencia?

En cambio, los serenos y dulces barrios de casas multicolores, azules, verdes, sienas, malvas, casas pintadas por don Pedro Luna y Juan Francisco González, por Pedraza y Ximena Cristi, los salones melancólicos que fija Juanita Le-

caros, las calles y plazas de Herrera Guervara, partes de esta gran pintura hispanoamericana donde se inscriben Figari, Portinari, Botero, Coronel, Orozco, vinculada a la vida misma, interiores de Sordi, de Obregón, calles donde tiembla la luz del otoño. ¿no es acaso esto más auténticamente nuestro que una torre de aluminio y acrílico?

¿No hay más verdad sobre nuestra aún penumbrosa identidad nacional, en una marina de Pacheco Altamirano sobre Angelmó, en una ciudad fantasma salitrera pintada por ese malogrado artista que fuera Jorge Eliot, en unos cerros y colinas de Osorno y Río Bueno, bajo nubes de lluvia e islas celestes, de Sergio Montecinos? ¿En un Valparaíso nocturno de Pedro Luna? ¿En un comedor con frutas de Pedraza o Ximena Cristi? A Matta —que para Carlos A. Cruz sería la cumbre salvable de esta pintura chilena inexistente— le advierto como a un travestista espiritual, desarraigado, mímico, bebiendo aguas ya muertas de los estertores del surrealismo, repitiendo en forma obsesiva y pobre dos o tres formas, con un colorido de Walt Disney y unas pretensiones metafísicas, declamatorias como las de un "pintor joven" de esos que sin artesanía alguna llenan sus telas de frases y fórmulas matemáticas. (Amistoso tirón de orejas a Carlos A. Cruz). No olvido a Pablo Burchard, a Reinaldo Villaseñor, a Israel Roa, a Carlos Faz, ¿a qué seguir? Miradas sobre Chile, ópticas transfiguradas por el entusiasmo, el júbilo, el deslumbramiento ante lo bello. ¿La pintura de la no-pintura sobre the never-never land? ¿Es eso lo que buscan las nuevas generaciones?

Los arquitectos Cristián Boza y Hernán Duval rescatan los viejos barrios en un notable libro: "Inventario de una arquitectura anónima".

Conventillos, pasajes, cités y antiguas casas donde aún se vive en paz, sin smog ni bullicios automotrices. Una arquitectura que nos caracteriza, integrándose a nuestro original espíritu: "lo hispanoamericano".



Los bellos barrios. Los pasajes y cités, que unen y comunican a los seres humanos.

¿O lo que pide Carlos A. Cruz? No lo creo.

Ahora, en lo que concibo es en el que nuestras expresiones artísticas, espirituales en suma, integran un bloque, un todo, lo "hispanoamericano". Como los viejos barrios de nuestra ciudad apostólica.

La dignificación de la pobreza

No nos ilusionemos. El Santiago Antiguo es pobre, vino a nada, se desintegró. Hasta los ratones se fueron. Pero sus carencias tienen estilo. Hay tradición. Nadie vende estas casas y muy pocos las arriendan. Mueren con las familias y con el loro y con la palmera del patio. Observo residencias en la antigua "Calle de los Patos" (hoy, José Victorino Lastarria), o en la calle "Del Galán de la Burra" (Erasmo Escala). Ventanas enrejadas, con vidrieras y entre el vidrio y los visillos tejidos a crochet, un gato sólido. Barrios de empleados públicos menores, de jubilados, de profesores y montepiadas, con la sucesión de "caseros" que circulan en la mañana, con un "Emporio" viejo como el genovés que lo atiende. Gente humilde, pobre, pero sin alharacas ni furias, sana y hasta feliz, girando alrededor de su iglesia parroquial, pronta a sacar altares a la vereda, con sus flores y sus íconos familiares, para celebrar el paso de Santa Milagreras, cuando no la propia Virgen.

En los departamentos, en cambio, hay aislada miseria. Menos espacio, menos aire, incomunicación total. Los niños languidecen sin saber cómo gastar su prodigiosa infancia, apegados a los ven-

les comerciales, la casa quinta". (Raúl Irarrázaval).

"En el caso del barrio Bellavista, me parece que algunas calles debieran considerarse monumento nacional, esas callecitas con árboles y casas de un piso con un frente homogéneo, éste es un barrio que deberíamos cuidarlo, conservarlo, pues representa una arquitectura típica de Santiago", dice Sergio Larraín García Moreno. Aunque está en contra del barrio "Paris-Londres".

"Si hay algo atípico en Santiago es esto, no son tampoco típicos ni de Londres ni de París. Son como los planos que hacía Camilo Cítte, de las ciudades que trataban de revivir los planos medievales, sin revivirlos tampoco porque no hay espacio, no hay sorpresa, no hay cambio de escala..."

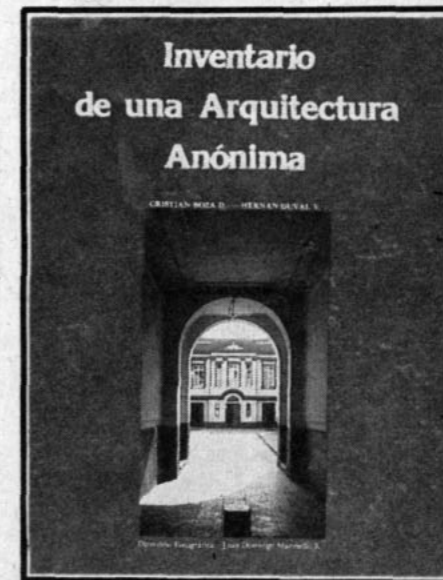
Casas viejas

¿Quién vivió, / quien vivió en estas casas de ayer, / viejas casas que el tiempo bronceó? Patios viejos, color de humedad, / con leyendas de noches de amor... dice el tango de Ivo Pelay y Francisco Canaro. (Que se ha bailado en estas casas viejas, por años).

"La ciudad es una construcción que está en el espacio y se llega a enraizar en un lugar en años de historia. No hay ciudad inmediata, ésta es fruto de muchas generaciones", afirma con justicia otro arquitecto, Gustavo Munizaga. Aunque Santiago fue ciudad adoptiva de Neruda, aquí va su homenaje:

"...envejezco en mi ciudad pero los sueños no envejecen: crían tejas y crían plumas, suben las casas y los pájaros y así Santiago, nos veremos dormidos por la eternidad y profundamente despiertos..."

El libro de Boza y Duval trae espléndidas fotografías de un equipo de gráficos, coordinado por Juan Marinello; sus autores se internaron por Bellavista, por Av. Matta y Ñuñoa, por Matucana, y San Francisco y San Diego, por las callejas que envuelven la plaza Almagro, los Sacramentinos, la Plaza Concha y Toro, Cumming, Agustinas, explorando cités y conventillos, estudiando y viendo cada detalle, antes que los bulldozers y la picota (Se van... se van... las casas viejas queridas / de más están... / Han terminado sus vidas...). Ellos parecen decirnos que esto no es tal. Las vemos caer, y quedan con sus envigados a la vista púdicas, como si de pronto les hubiesen quitado la ropa. He visto un muro en un segundo piso, como escenario de teatro, y allí en los empapelados con rosas, alguien que había dibujado una playa, el mar, un volcán. Permanecían los restos de un catre de fierro. (Sus paredes guardaron la fe / y el secreto sagrado de dos. / Las caricias vivieron aquí, / los suspiros cantaron pasión. / ¿Dónde fueron los besos de ayer? / ¿Dónde están las palabras de amor? / ¿Dónde están ella y él? Como todos, pasaron igual que estas casas / que no han de volver).



Un libro útil a pintores, poetas, urbanistas y arquitectos.

tanucos en un octavo o décimo piso. Los perros, medios tullidos, sueñan con praderas verdes. "¿Por qué no podemos vivir en plena ciudad y dignamente, como lo hicieron nuestros antepasados, y debemos alejarnos cada vez más de los centros de trabajo, educación, cultura y entretenimiento?", se pregunta el arquitecto Víctor Gubbins.

Por su parte otros arquitectos se refieren a estos problemas así:

"La historia construye la ciudad, y su patrimonio se reconoce en el tejido y en los tipos urbanos. Así van apareciendo con sus múltiples variedades la manzana, la casa de patio, las agrupaciones de casas en torno a un pasaje, los porta-